

VIA LUCIS

Hay una devoción popular con una tradición que viene probablemente de edad Media y es el *Via Crucis*, el camino de la cruz. En él se meditan los momentos más sobresalientes de la Pasión y muerte de Cristo: desde la oración en el huerto hasta la sepultura de su cuerpo, pero ésta es apenas la primera parte de una historia que no acaba en un sepulcro, ni siquiera en la mañana de Resurrección, sino que se extiende hasta la llegada del Espíritu Santo y su actuación maravillosa.

Quedarnos sólo con el *Via Crucis*, dejando a Cristo muerto y metido en una tumba fría, nos llevaría a sentimientos de fracaso y desilusión como sintieron algunas gentes cercanas a Jesús. Pero la realidad se impone y por eso contemplaremos a Cristo que triunfa sobre el pecado y sobre la muerte. Ya resucitado, Jesús dedicó nada menos que cuarenta días a devolver la fe y las esperanzas a los suyos. En los encuentros de Jesús con sus gentes, llenos de intimidad y de esperanza, el Señor parece jugar con ellos: aparece de improviso, donde y cuando menos se esperan, les llena de alegría y fe, y desaparece dejándoles de nuevo esperando. Pero después de su presencia viene la confianza firme, la paz que ya nadie podrá arrebatarnos. Todo se ilumina con una luz nueva. Y todos los que tuvieron la dicha de encontrarse con Jesús, fueron enseguida sus intrépidos propagandistas y mensajeros. Muchos de ellos dieron la vida defendiendo la fe en muerte y la Resurrección de Cristo Jesús, el Hijo de Dios, único camino de salvación.

Desde el domingo de Pascua hasta el de Pentecostés, hubo cincuenta días llenos de acontecimientos inolvidables y trascendentales, que las gentes cercanas a Jesús vivieron intensamente, con una gratitud y un gozo inimaginables.

Esta noche vamos a vivir esos momentos de luz, de gozo y de alegría, pero vividos con Cristo y gracias a su Resurrección, a su vuelta a la vida para no morir más.

Vamos a dejarnos iluminar con la presencia y la acción de Cristo resucitado que vive ya para siempre entre nosotros.

Nos dejaremos llenar del Espíritu Santo que vivifica el alma y ahora nos aprestamos a continuar las etapas posteriores al Calvario y a la Muerte de Cristo Jesús, para hacer de nuestro mundo un mundo donde triunfe el amor sobre la muerte, el servicio sobre el egoísmo y la generosidad sobre la mezquindad y la violencia de nuestro mundo.

Oración preparatoria

*Señor Jesús, con tu Resurrección triunfaste sobre la muerte,
Y vives para siempre comunicándonos la vida,
La alegría, y la esperanza firme.
Tú fortaleciste la fe de los apóstoles,
De las mujeres y de tus discípulos,
Enseñándolos a amar con las obras,
Fortalece también nuestro espíritu vacilante,
Para que nos entreguemos a amar con las obras y con toda nuestra
Vida.
Fortalece también nuestro espíritu vacilante,
Para que nos entreguemos de lleno a Ti.*

*Queremos compartir contigo y con tu Madre Santísima,
La alegría de tu Resurrección gloriosa, para que
Nos concedas gozar un día en la presencia
del Buen Padre iluminados por el Espíritu Santo.*

Primera estación: Cristo muerto y sepultado resucita al tercer día. ¡Está vivo!

Ese día fue un día muy especial en Jerusalén. Había acabado la vida de un soñador, de un hombre que sin armas había revolucionado a toda la nación de Israel. Había caminado todos los caminos de Israel, presagiando un caminar por todos los caminos del mundo. Había conquistado los corazones de muchas gentes. Sus manos habían bendecido a muchas gentes. Su corazón se conmovió ante las multitudes sin pan y sin alegría. No hubo monte ni valle, río ni lago, ciudad o caserío donde no llegaran sus pies cargados de esperanza para todos los hombres. Todos le conocieron, pobres y ricos, sanos y enfermos, buenos y malos, pecadores y justos. Todos pudieron encontrarse con él, y todos tuvieron una agradable acogida.

Pero ahora estaba muerto. Lo habían condenado cruelmente, injustamente, y como el más vil criminal, lo subieron a una cruz, para que muriera prontamente y acabar con la pesadilla que él fue para los directores religiosos sociales y económicos de la nación judía.

Muchos, de sus seguidores se dispersaron, y unos cuántos fueron a esconderse lastimosamente para no correr la misma suerte que Jesús. Fue bajado de la cruz con dificultad por unos cuántos seguidores suyos... y fue metido en la tumba fría. Soldados romanos se encargaron de custodiar la tumba, no fueran los discípulos a decir que algo misterioso había ocurrido.

Parecía que todo había acabado. Que el teatro se había terminado.

Pero en medio de la noche, aquel personaje, Cristo Jesús, cumplió su promesa, volvió a la vida, y volvió para no morir más, para no alejarse nunca más de los

suyos. Él había hablado muchas veces de su muerte, de su cruz, de sus sufrimientos, de su entrega, de la donación de su vida, de que el Padre lo resucitaría, para quedarse para siempre con los suyos.

Y el momento glorioso llegó. Nadie asistió a ese momento sublime. Cristo comenzó a brillar con una luz nueva, con su propia luz, con la luz de su RESURRECCIÓN. Desde entonces su cuerpo ya era un cuerpo glorioso, su rostro era como el del más bello de los hombres, y la fragancia que despedían sus llagas inundaría el universo entero. Él recorrería nuevamente los caminos, llamando a todos los hombres, para llevarlos a todos al Padre.

Después de cada estación: Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús que no rehusaste tomar tu cruz y cargar con ella para lograr nuestra salvación, concédenos que no huyamos de nuestra propia cruz ni de la necesidad de ser tus discípulos, para que al final de nuestros días, también nosotros podamos gozar de tu Resurrección. Por Cristo nuestro Señor.

Segunda estación: Cristo se aparece a María su madre, primera mujer creyente.

Muchas personas dejaron huella en la vida de Jesús, hombre entre los hombres. Una de ellas fue José, su Padre adoptivo, de quién recibió la reciedumbre, la virilidad, el darse a los demás sin descanso, el poder subir a los montes, y bajar a los valles y remontar la travesía por el mar de Galilea para buscar a todos los hombres. De José aprendió Jesús a orar con los salmos al Buen Padre Dios. Al principio fueron balbuceos... luego fue elevar las manitas pidiendo pan a papá Dios... pero luego vinieron los salmos, para alabar al Creador, para dar gracias por sus dones, y para pedir el perdón para todos los pecadores.

Pero sin duda alguna fue María, su Madre, la que más huellas dejó en su corazón. Ella fue su Madre, pero también su Maestra. La Maestra de la vida. De ella aprendió la generosidad, el saber compartir lo poquito que Dios les daba, hasta compartir la vida entera. La delicadeza de Cristo para tratar a los pecadores, a los enfermos, a las prostitutas, a los jóvenes, Cristo lo aprendió de María. Ella fue inspiración en su vida, y ella supo entregar su vida a pedazos, para hacer de su hijo todo un hombre, un hombre religioso, y un hombre en la entrega. No hubo nadie con una fe tan grande en las palabras que su Hijo pronunciaba como la que María tuvo en Jesús. Fueron muchos sus dolores, mucho su sufrimiento, cuando Cristo era niño, y luego jovencito.

Fueron muchos sus sufrimientos cuando vio que lo arrebatában violentamente y lo subían sin misericordia a lo alto de una cruz. Y su sufrimiento llegó al máximo cuando lo pusieron en sus brazos, ensangrentado, escupido, lacerado, hecho una piltrafa humana, alguien a quien no era posible reconocer por su rostro desfigurado.

Era justo entonces, que entre las primera personas que pudieron gozar de la visión de Cristo resucitado, fuera precisamente María. Los Evangelios no lo mencionan, pero nuestro cariño a María nos hace suponer que si Cristo la amaba entrañablemente, y si nadie como él fue agradecido con todos, más lo sería con aquella madre cariñosa y entregada como ninguna otra a su propia persona y a la obra que su Padre le había encomendado, la misión redentora y salvadora de todos los hombres. Y aunque nosotros no pudimos asistir a ese momento, nos imaginamos la ternura que significó la presencia, la aparición, la sorpresa, la alegría, y el abrazo indescriptible entre María y Jesús.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Gracias, Jesús, por haber nacido en el seno de una familia pobre y haber escogido una mujer fuerte, de fe y generosísima toda su vida, para hacer de ella tu maestra y también tu discípula, encendiendo en ella el fuego de la fe y del amor. Concédenos, que siguiendo su ejemplo, también nosotros, iluminados por tu fe, seamos buenos discípulos de tu amor y de tu entrega generosa. Por Cristo nuestro Señor...

Tercera estación: Cristo se encuentra con la Magdalena y le confía el encargo de ir a llevar la noticia de su resurrección a los apóstoles.

La mujer siempre ha sido relegada. En algunas culturas su testimonio es nulo. No creen en ella. En otras naciones incluso hoy, la mujer simplemente es esclava de las pasiones del hombre. Nosotros hoy la utilizamos preferentemente para anunciar productos en la televisión.

Cristo sabía de la baja condición de la mujer, por eso entre las primeras personas a las que se les manifiesta como el Resucitado, está María Magdalena, una mujer a la que Cristo había rescatado de las garras del placer y de la esclavitud. Ella encabezaba a un grupo de mujeres que iban a visitar el sepulcro de Cristo, con la idea de embalsamar adecuadamente el Cuerpo del Señor, pues no se había podido hacer el día de la sepultura.

Ella se encontró con la novedad de que la piedra que cubría la tumba del Señor había sido removida. Pensaron que alguien había robado el Cuerpo de Jesús. Un joven (un ángel) vestido de blanco, a la puerta de la tumba les señaló que Cristo el Nazareno, el crucificado ya no estaba ahí, que había resucitado. Ellas salieron huyendo espantadas de la tumba.

Un poco más adelante, ella se encuentra con otro joven, al que confunde con el jardinero. Pero Jesús, que pronuncia su nombre, se le da a conocer inundando de gozo su corazón. Ella pretende abrazar sus piernas, pero Cristo le pide, por una parte, que no lo toque, pero por otra, que vaya con los apóstoles a decirles que ha resucitado. Ellos no le creen porque es mujer. Pero ahí queda el detalle de Jesús de confiarle a una mujer el hecho de su resurrección. Hoy queremos rendir homenaje a tantas mujeres que han entregado sus vidas a Jesús, como nuevas magdalenas, y

con su ejemplo, su testimonio y su palabra, hacen posible la presencia de Cristo en los hijos, en las familias, en los corazones, en los continentes e incluso en nuestra misma Iglesia. Gracias, Jesús por tu confianza en las mujeres y por pensado en ellas como compañeras fieles de los hombres en el mundo.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús que encendiste la llama de la fe, del amor y del apostolado en una mujer, confiándole el hecho de tu Resurrección, para ser tu mensajera, concede a nuestro mundo que en él, la mujer pueda ser siempre mirada con respeto y siendo la consejera y madre en el hogar, ella pueda encender en los hijos la fe, la devoción y el cariño por ti, Oh Jesús muerto y resucitado, para que todos seamos en el mundo, la gran familia de los hijos de Dios en camino a la casa del Padre. Por Cristo nuestro Señor.

Cuarta estación: Jesús se encuentra con los discípulos de Emaús, que lo reconocen al partir el pan.

La muerte de Jesús sumió a mucha gente en tristeza y en desilusión. Aunque muchas veces Jesús habló de su muerte y de su resurrección, era tan grande lo que les anunciaba a los hombres, que no se imaginaban la magnitud de lo que sus ojos y su fe contemplarían.

Dos jóvenes que habían seguido Jesús, desalentados, regresaban ya a su pueblito, Emaús. Un día habían salido alegres de su pueblo, pensando que iban a ser grandes cosas cerca de Jesús. Pero ahora temían las burlas de los de su pueblo, pues regresaban como fracasados.

Alguien se los encontró en el camino y les preguntó porque venían tan discutiendo tan acaloradamente y tan llenos de tristeza. Ellos comenzaron a decirle que venían de vuelta de Jerusalén, decepcionados porque habían seguido a Jesús, pero se los habían matado, y aunque les había prometido que volvería a la vida, ya iban tres días y nada había pasado. El peregrino se sorprendió de su incredulidad, de su poca esperanza y con gran paciencia los fue instruyendo en la Escritura sobre todo lo que se decía en ella de su propia persona. Cuando comenzó a hablar, el rostro de los dos discípulos se les fue ablandando y su alegría iba creciendo, aunque ellos no se daban cuenta. Cuando ya se oscurecía, como iban tan interesados en la conversación, le pidieron al peregrino que no se fuera, que se quedara en su pueblecito con ellos esa noche, pues ya estaba oscureciendo.

Cuando llegaron a su casa, lo sentaron a la mesa, y le permitieron que él partiera el pan, pues era el invitado. El peregrino tomó el pan, lo bendijo, lo partió y los dio. En ese momento reconocieron en el peregrino al mismo Jesús, ya glorioso y resucitado, que se desapareció de su presencia, y se dieron cuenta de que cuando él comenzó a hablar, su corazón les ardía de gozo y de contento. No cabían en sí de regocijo, y lo primero que se les ocurrió fue levantarse también ellos de la meza, para ir a decirle a los apóstoles que estaban reunidos en Jerusalén, que se habían

encontrado con Jesús y lo habían reconocido al partir el pan.

Hoy Jesús sigue emparejándose con nosotros en el camino, para invitarnos a sentarse en su mesa, la mesa de la Eucaristía, y participar de su banquete. Es el eterno peregrino, que ilumina a su Iglesia y al mundo, para alegrarles con la claridad de su presencia y con el gozo de su alimento, su Cuerpo y su Sangre dados en alimento y en bebida.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús, que supiste encender en amor a Ti, el corazón atribulado de los dos discípulos en camino a su pueblo, acércate a tantos jóvenes que deslumbrados por las luces y los ruidos de nuestro mundo, van de vuelta sin rumbo ni destino, para que en Ti encuentren la paz y el vigor para hacer de nuestro mundo, un mundo de paz, de amor y de vida, donde tú seas el centro de todas nuestras vidas. Por Cristo nuestro Señor.

Quinta estación: Jesús se presenta entre los apóstoles, los llena de alegría y les da el Espíritu Santo.

El gran momento había llegado. Estando los apóstoles reunidos, Cristo cumple la promesa que les había hecho muchas veces. Volvería. Y volvería para no dejarlos más. Para estar con ellos para siempre. Al tercer día, el primer domingo, el Gran domingo, Cristo se presenta ante ellos radiante y luminoso, estando las puertas cerradas.

El desconcierto es grande. Están ante el maestro. La familia está completa nuevamente. Y viene el saludo del maestro, la gran conquista: La paz esté con vosotros↓. Pero ellos seguían sin saber que actitud tomar. Por eso, con gran delicadeza, Cristo les enseña sus manos y su costado abierto, y les afirma que un fantasma no tiene carne ni huesos como él. Y viene de nuevo el saludo: ↑La paz esté con ustedes↓.

Pero cuando se dan cuenta que es verdaderamente Cristo Jesús, entonces viene un gozo desbordante: se abrazan, se felicitan y se llenan de gozo. Luego, Cristo los instruye sobre su vida, sobre sus padecimientos, sobre su resurrección y enseguida, sopla sobre ellos, les da la fuerza del Espíritu Santo y los envía por el mundo a ser sus testigos.

Hoy tenemos que dar gracias a Dios porque Cristo ha abierto las puertas de los corazones y los abre a la gracia de Dios para invitarnos a la Eucaristía y a convertirnos en testigos alegres de su muerte y resurrección, para hacer que la familia de la humanidad camine como un solo rebaño y bajo un solo pastor.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús que iluminaste el rostro de tus apóstoles al dejárteles ver glorioso y resucitado, concédenos que con la fuerza de tu Espíritu Santo, podamos considerarte no un recuerdo, ni un hecho memorable en la historia, sino alguien vivo, actuante en nuestro mundo, para que contigo podamos iluminar el camino de nuestro mundo con la luz de tu Evangelio. Por Cristo nuestro Señor...

Sexta estación: Tomás cree en Jesús al ver sus llagas. Felices los que sin ver creerán.

Cuando Jesús se retira de su presencia, los apóstoles no caben en sí de gozo, y le comunican a Tomás, uno de ellos que no estaba cuando Jesús se apareció la primera vez, que han visto al Señor, que le han contemplado, e incluso lo han abrazado.

Tomas se muestra incrédulo con ellos. Y afirma tajantemente que si no mete su dedo en la mano de Cristo y su mano en su costado abierto, no creerá.

Pues el domingo siguiente, reciben nuevamente la visita de Jesús, y la alegría desbordante vuelve a ser la misma con el saludo de Jesús. Cristo se sitúa entre ellos, pero parece que los ignora, pues inmediatamente se dirige a Tomás, y le lanza la invitación: ↑Tomás, aquí están mis manos, mete tu dedo, y aquí está mi costado, a ver, mete tu mano↓.

El pobre Tomás no puede ante tanta delicadeza de Cristo y ante tanta bondad, y él mismo queda sorprendido de su incredulidad. Por eso no alcanza a tocar el Cuerpo del Señor, y cae de rodillas ante Cristo, presa de remordimiento y de conversión. Después de ese momento de sobresalto, Cristo lo levanta, lo toma entre sus brazos, y volviéndose a los demás, como lanzando su mirada más allá de los mismos apóstoles, afirma: ↑Dichoso, tú Tomás, porque has visto y has creído, pero dichosos también los que sin ver creerán en mí y en mi palabra↓.

Hoy tenemos que decir: ↑Gracias, Tomás, gracias, pues por tu incredulidad nosotros también hemos sido llamados dichosos, pues no pudimos tocar físicamente al Señor, pero ahora tenemos la dicha de encontrarlo y alimentarnos con su Cuerpo y en la Eucaristía, ideada por Cristo para alimentar a todos los hombres en camino hacia nuestro buen Padre Dios.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús, que colmaste las ansias de tu Apóstol Tomás de ver y tocar tus llagas benditas, a todos los hombres que dudan y quisieran tocarte y palparte para poder creer, recuérdanos tus palabras: ↑Benditos los que sin ver llegarán a creer↓, para que podamos esperar contra toda esperanza y amar sin medida, con tu mismo corazón, hasta tener tus mismos sentimientos. Por Cristo nuestro Señor.

Séptima estación: Jesús da a los apóstoles y a su Iglesia el poder de perdonar los pecados.

Estando con los apóstoles, el mismo día de su resurrección, Cristo nos hizo el gran regalo, levantando sus brazos, sus brazos luminosos, sopla sobre sus apóstoles, y presa de grande emoción les dice: ↑Reciban al Espíritu Santo, a quienes perdonaren sus pecados, les serán perdonados, y quienes se los retengan, les quedarán retenidos↓.

Bendito regalo de Cristo, la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, que nos asegura el amor del Padre, y la redención lograda por Cristo con su cruz, su muerte y su resurrección. Ahora sí nos puede abrazar el Padre dos brazos, los brazos de Cristo y los del Espíritu Santo. Así nos puede tener asidos fuertemente y en camino hacia Él, nuestro Dios y nuestro Padre.

Pero bendito sea Jesús que puede hacer de nosotros criaturas nuevas, renovadas por el perdón de los pecados. Un solo pecado perdonado equivale a volver a crear el mundo. Es tan grande el poder ser perdonados, que nunca acabaremos de dar gracias a Dios que de estar caídos, de ser esclavos, de estar bajo el poder del demonio, Cristo nos rescató, nos hizo hermanos suyos, y perdonó nuestros pecados, echándolos al olvido, arrojándolos al fondo del mar, para no acordarse nunca más de ellos.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Dios que no quieres la muerte del pecador sino que se convierta y viva y que nos has dicho que hay gran alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, concédenos el poder darte gracias por las maravillas que obras entre los hombres con el Sacramento del perdón, el sacramento de la reconciliación, para que usando sin miedo y sin vergüenza de este don, podamos gozar de tu gracia. Por Cristo nuestro Señor.

Octava estación: La Iglesia ejerce su poder de perdonar los pecados. Miren lo que yo hago nuevas todas las cosas

Entre los grandes tesoros que Cristo le confió a la Iglesia, están los sacramentos, a través de los cuales Cristo nos comunica su gracia y su compañía. Pero el sacramento de la reconciliación tiene el poder de perdonar todos nuestros pecados.

El sacerdote más anciano, o el más joven, el más instruido como el más inculto, el más santo como el más pecador, todos han recibido la gracia de reconciliar al pecador, perdonarlo, levantarlo y regresarlo renovado, hecho criatura nueva, y mandarlo en paz a reintegrarse a la comunidad de los creyentes, para participar en el banquete de los hijos de Dios, donde Dios se alegra con el regreso de uno solo y de todos los pecadores.

Qué bueno es el Señor con los suyos. Qué bueno es el Señor con nosotros, que de estar caídos, tirados al borde del camino, nos levanta, nos reintegra y nos hace vivir la vida nueva de los hijos en el Reino. Gracias, Señor Jesús, porque nos has perdonado, porque nos has reconciliado, y tan cerca nos haces sentir tu perdón, que recurrir al sacerdote, será volver a encontrar el camino de la paz, del amor, de la reconciliación y de la unidad.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado. Oración

Señor Dios que has querido salvar a los hombres a costa de la Sangre de tu Hijo Jesucristo, concédenos que usando del sacramento del perdón, sintamos como tu salvación se hace presente ya entre nosotros. Por Cristo nuestro Señor.

Novena estación: La pesca milagrosa, confianza en el Cristo resucitado.

Cuando Cristo comenzó su vida pública, una vez pidió a Pedro que le prestara su barca para predicar desde ahí a la multitud. Y cuando acabó de hablar, le pidió que en su misma barca fueran mar adentro a pescar. Pedro se quedó riendo de la simpleza de Jesús, pues era mediodía y nadie pesca al mediodía, pero en su nombre echó la red, y la pesca fue abundantísima.

Ahora, después de su resurrección, Cristo se les aparece nuevamente a los apóstoles que están en la orilla del lago. Han pasado una noche sin haber pescado nada, pero Jesús les dice donde pescar, y la pesca fue tan abundante o más que la primera vez.

Cuando regresan a la playa, Jesús les pide algunos pescados de los que acaban de pescar, y se pone a cocinar para ellos. Y conviven como cuando caminaban por los caminos de Israel, cuando comían sabrosamente de lo que las gentes les daban. Nunca les faltó que comer. Su alimento era hacer la voluntad de su Padre, pero su Padre se preocupaba de darles cada día de comer. Qué delicadeza de Cristo, que sin tener ya necesidad de alimento, quiere comer con ellos y alentarlos porque las luchas que tendrían que enfrentar serían muy duras, a brazo partido, pero ahora él les aseguraba que para siempre podrían contar con su presencia y su fortaleza. Así está ahora Jesús en su Iglesia, asistiéndola en medio de las luchas, los combates y los ataques despiadados de sus enemigos, y la Iglesia, renovada cada día, tiene que seguir ofreciendo hoy la salvación que Cristo le confía.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado. Oración

Señor Dios que has prometido tu presencia y tu compañía a la Santa Iglesia, concédenos que siendo hijos fieles, sintamos el supremo gozo de contribuir con nuestras vidas al anuncio de tu Evangelio. Por Cristo nuestro Señor.

Décima estación: El triple interrogatorio a Pedro y la entrega de los poderes:

En la playa del lago de Galilea, donde habían convivido muchas veces, y donde habían instruido a las gentes que querían escucharlo con avidez, Cristo convive de nueva cuenta con sus apóstoles, y en esa ocasión, después de haberles preparado los panes y los peces y de haber comido con ellos, aparta un poco a Pedro, y comienza un triple interrogatorio: ¿Pedro me amas más que éstos?↓ Y la respuesta fue clara: ↑Sí, Señor, tu sabes que te quiero↓. Pero Cristo continuó preguntando nuevamente: ↑Pedro, ¿me quieres?↓, Y Pedro respondió: ↑Señor, tú sabes que te quiero↓. Pero Jesús hizo todavía una tercera pregunta: ↑Pedro, ¿me quieres?↓. Entonces, al escuchar la tercera pregunta, Pedro se entristeció profundamente y las lágrimas acudieron a sus ojos, pensando en la otra ocasión, cuando su Maestro había sido hecho prisionero. Él lo había negado cobardemente delante de todos. En esa ocasión se había avergonzado de él, todo con el fin de escapar con vida y no correr la misma suerte que su Amigo y su Maestro.

Ahora Cristo le daba la oportunidad de reafirmar su amor, su cariño y su fidelidad, y ante su triple respuesta, Cristo lo confirma al frente de su Iglesia, para que aliente la fe de sus hermanos, y conduzca a su Iglesia entre el mundo, siendo faro de luz, de paz y de unidad entre todos los hombres, y siendo sal de la tierra, para dar sabor al mundo que tiene tantas tristezas, tanta violencia y tanta maldad.

Hoy los ojos de los hombres, incluso de los no creyentes, vuelven su vista a Roma, donde está el sucesor de Pedro, que en la ancianidad y con una entrega sin límites, conserva para la humanidad, un gran prestigio moral que hace que el mundo mire con esperanza su futuro, pues a Pedro y a sus sucesores se les ha prometido que Cristo estará siempre con los suyos.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado. Oración

Señor Dios que has procurado nuestra salvación a través de tu Iglesia Santa, concédenos, que fieles a nuestros pastores y al Papa, podamos sentir la seguridad de quien se siente protegido por quienes has encomendado el cuidado de nuestras almas. Por Cristo nuestro Señor.

Décima primera estación: La misión de evangelizar de los apóstoles y los cristianos.

Los que hemos perdido a uno de nuestros seres queridos, el papá o la mamá, quisiéramos recordar sus últimas recomendaciones, sus últimos gustos, su última bendición, e incluso su último regaño. A todo eso le atribuimos una gran importancia. Cristo lo sabía, por eso quiso dejar para el último momento un gran mandato: el mandato misionero.

Él sabía que su obra estaba incompleta, que no había salido casi del territorio de su nación, y ahora les quería encomendar a los suyos una labor titánica: llevar su presencia, su misión y su salvación a todas las gentes: *Id a hacer discípulos a todas las gentes, a todos los pueblos, en todas las épocas. A los que os crean, y bauticéis en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que todos se amen. Que tengan gusto por servirse unos a otros. Mantenedlos en la unidad.*

Y mientras los bendecía, les hizo una gran promesa: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*

Qué gran promesa. Tener siempre con nosotros a Cristo. Pero qué gran compromiso para la Iglesia, para los obispos y sacerdotes y para todo el pueblo creyente. Hacer discípulos a todas las gentes. Después de veinte siglos tenemos que reconocer que no hemos hecho caso al Señor, y tal parece que somos cada vez menos cristianos en el mundo.

Otras religiones están más dinámicas que la misma Iglesia Católica fundada por Cristo y hay continentes enteros que aún no conocen a Cristo. Hoy es el momento de renovar nuestra fidelidad a Cristo y de disponer de las mejores fuerzas, de los mejores jóvenes, para que el mandato misionero de Cristo vaya adelante, y su amor, su amistad y su salvación sean patrimonio de toda la humanidad. Todos estamos llamados a evangelizar a conseguir la salvación para todos los hombres. Cada uno de nosotros, con nuestra vida, nuestro testimonio, haremos que muchas gentes eleven su vista y den gloria a nuestro Padre celestial.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado. Oración

Señor Dios que has encomendado el cuidado de llevar el Evangelio de tu Hijo a todas las naciones, concédenos que con nuestra vida, nuestro ejemplo y nuestra palabra, hagas que pronto todos los hombres te alaben, y todos los hombres confiesen que tu Hijo Jesucristo es el Señor de todos los siglos. Por Cristo nuestro Señor.

Décima segunda estación. Jesús asciende gloriosamente al cielo

El momento de la partida ha llegado. Ellos quisieran que la presencia de Cristo se prolongara físicamente toda la vida. Pero él tiene que irse. Quiere prepararnos un lugar cerca del Padre, desde donde él estará sentado para siempre. El corazón que dejó de latir en la cruz, seguirá latiendo desde entonces cerca del Padre, para interceder por todos ellos, por todos los hombres, invitándoles cada día a ser perfectos y misericordiosos como el Padre es perfecto y misericordioso.

Todos se han reunido para la despedida del maestro. Sienten el dolor de la separación, pero el Señor ya les había llenado de esperanza en los días que estuvo con ellos y los instruyó. La suya es una esperanza firme: **↑Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo.** Después de bendecirles, Cristo se aleja de la vista de los apóstoles. Una nube lo aleja de su presencia. Se va a su Padre. Se va a la casa de todos los hombres. El Señor los espera. Adelante.

Pero los apóstoles estaban estáticos, sin moverse, no sabían que hacer. Hubo necesidad de que dos jóvenes de blanco los sacaran de su estupor y les indicaran que había necesidad de volver, de bajar. Que dejaran ya de mirar al cielo, pues había llegado el momento de ponerse a trabajar, de emplearse a fondo para llevar el mensaje de alegría, la Buena noticia hasta los confines del mundo, porque

contaban con la compañía de Jesús, que no los abandonaría.

Hoy, nosotros, la Iglesia, no podemos perder un solo instante, porque el tiempo no es nuestro, sino de Dios, para quemarlo en su servicio. Jesucristo ha querido ir delante de nosotros para que vivamos con la ardiente esperanza de acompañarlo un día en su Reino. Y está sentado a la derecha del Padre, hasta que vuelva al final de los tiempos.

Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Jesús que después de las tribulaciones de este mundo quisiste subir a tu Padre y a nuestro Padre, concédenos deseos de que todos podamos vivir algún día en tu compañía, pero danos deseos de trabajar sin descanso aquí en la tierra, sembrando a nuestro paso la semilla de paz y de la alegría. Por Cristo nuestro Señor.

Décima tercera estación: El Espíritu Santo culmina la obra de Cristo

Cristo había hablado claro sobre la presencia de otra persona en la Santísima Trinidad, pero lo hizo clarísimamente en la última Cena, donde les prometió enviarles al Espíritu de Amor. Y agregó que era necesario que Él se fuera para que pudiera venir el Espíritu Santo con su amor, con su gracia y con su fuego.

Cincuenta días después, estaban los Apóstoles reunidos, cuando un viento impetuoso abrió de par en par las puertas de la casa donde se encontraban, unidos en oración con la Virgen María, y ellos recibieron unas como lenguas de fuego, presencia visible del Espíritu Santo que ya se les había dado el mismo día de la Resurrección de Jesús, pero que ahora se les volvía a dar en atención a las gentes y a todo el mundo a donde los apóstoles serían enviados. Eso los transformó. Quitó sus miedos y sus temores, y ese mismo día, Pedro ante muchas gentes que preguntaban inquietos que pasaba, se puso a explicarles, diciéndoles que a Cristo Jesús a quien ellos habían mandado matar, Dios lo había constituido su Hijo, y que gracias a su muerte y a su Resurrección, ellos podían ser perdonados de sus pecados y podrían también recibir la gracia del Espíritu Santo. *Cristo muerto y resucitado, es el único camino de Salvación*, afirmó Pedro gallarda y virilmente en ese día en Jerusalén. Hoy la Iglesia lo sigue repitiendo. *Cristo muerto y resucitado, es el único camino de Salvación*. Él es el camino, la verdad y la Vida, y quienes lo siguen, no andarán nunca más en tinieblas. El timbre de gloria para la Iglesia es dar a conocer a los hombres a Cristo como Camino hacia el Padre, y su máximo cometido, hacer presente a Cristo y a su Espíritu Santo en la administración de los sacramentos. Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración

Señor Padre Santo, que has querido abrazarnos con los brazos de tu Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo, concédenos que fieles a las inspiraciones de este mismo Espíritu, podamos conocerte y amarte mejor para que transformados por él, todo lo hagamos bajo su impulso y así podamos construir la civilización del amor y de la paz. Por Cristo nuestro Señor.

Décima cuarta estación: Cristo continúa su obra en la Iglesia, en la predicación y en los sacramentos.

La misión que Cristo confió a su Iglesia está inconclusa, la Iglesia no puede descansar mientras uno de los habitantes de nuestro planeta no reconozca la Divinidad de Cristo y pueda encontrar en él la Salvación. La Iglesia continúa la misión de Cristo en el mundo. Ella tiene que gritar con toda su voz para denunciar la injusticia, para defender la vida humana, para decirle a las mujeres la dignidad tan grande que significa una vida humana, para preservar la vida latente en el seno de las mujeres, y para decirle a la pareja humana que ella, en el matrimonio cristiano, es representante del amor de Dios, y que ella, la pareja humana, está llamada a caminar por caminos de santidad. La Iglesia tiene derecho a decirle a los jóvenes que Cristo es el Salvador, que sigue siendo eternamente joven, y que Él sí puede dar la felicidad que el mundo promete pero que no cumple ni puede dar. En Cristo eternamente joven, los jóvenes encontrarán la paz y la felicidad que no pueden dar todas las cosas juntas de nuestro mundo, que no pueden dar los placeres ni las drogas y que no pueden dar ni el afán de poder ni el de todos los conocimientos y las ciencias y las técnicas juntos. A los niños, la Iglesia con corazón de madre, quiere unirlos a Cristo para que ellos se conviertan en los grandes amigos del Señor, y ellos logren un mundo mejor del que les hemos dejado nosotros. A todo el mundo, la Iglesia ofrece caminos de paz, de amor, de unidad, de perdón, de salvación, hasta el momento en que todos nosotros podamos descansar en los brazos amorosos del Buen Padre Dios, cerca de Cristo, sentado a la derecha del Padre, y en la presencia del Espíritu Santo. La Iglesia abre hoy sus puertas y continúa llamando a todos los hombres: *No tengáis miedo, abrid las puertas al redentor*". Es el Papa, cabeza visible de la Iglesia, sucesor de San Pedro, ese ancianito incapaz casi de moverse, pero que con su sonrisa su voz potente y su entrega generosa, nos dice que todo esfuerzo para lograr la unidad y la paz entre los hombres, no pasará desapercibido. Que la paz es posible. Hombres de todos los pueblos, abran sus corazones a Cristo. Abran sus corazones a la Iglesia y la luz del Espíritu Santo inundará por completo nuestros corazones. Cristo Jesús, ven con tu pueblo, camina con él, sigue siendo para nosotros, el Camino, la Verdad y la Vida. Ven con tu pueblo, ven, ven Señor Jesús. Aleluya, Cristo Jesús resucitado, con su cruz a todos nos ha salvado.

Oración final

Señor Dios que nos has llamado a tu gracia y a tu amistad en la persona de tu Hijo Jesucristo concédenos que abrazados íntimamente a la cruz de cada día, con él podamos vivir y amar a todos nuestros hermanos, y después del paso por este mundo, podamos descansar para siempre en tus brazos amorosos de Padre, y formar así la gran familia de los hijos de Dios que en ti encontrarán la vida y el banquete eternos. Por Cristo nuestro Señor.